MILAGROS MIER

Ana Isabel Illanes*

Es difícil hablar de una persona como Milagros, no sólo bajo estas condiciones y en estas circunstancias, sino también porque ella fue una persona reservada y no era afectada a que se hablara de ella. Pero en estos momentos, y guardando todo el respeto que ella merece, creo que hay cosas que pueden, y en este caso, deben ser dichas sobre ella.

Todos nosotros a lo largo de nuestra existencia hemos experimentado múltiples modos de ser tocados, influenciados y hasta transformados por alguien. La Dra. Mier, Milagros para quien la conocimos, como profesora, como amiga, como colega, no sólo creo, sino que estoy segura, ejerció tal influencia que, se puede decir, tocó el ser, y hasta transformó de un modo profundo a muchos de los aquí presentes.

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

En el ámbito de la docencia Milagros ejerció una enorme influencia. Con su apertura y sus cuestionamientos constantes, ayudó a fomentar la crítica y la creatividad entre sus alumnos. Tanto en su enseñanza como en su vida se tomó en serio la idea ilustrada kantiana de salir de la minoría de edad. Fue capaz, tuvo el valor de servirse de su propio entendimiento sin la guía de otro, haciendo a un lado todo tipo de dogmatismo. Pero todo esto, sin caer en un racionalismo obtuso, ya que tomó en cuenta el sentimiento y la espontaneidad. Admitió una razón crítica que no hace a un lado la vida sino que la retorna en todas sus dimensiones, con todas sus riquezas y posibilidades. Una vida que se experimenta y lo más importante, que se reinventa constantemente.

Si en su tarea de enseñanza resultó ser una maestra considerada por los alumnos como exigente, por algunos

NOTAS

162

sumamente exigente, fue porque sabía que: “la vocación de todo hombre es pensar, ser y crear por sí mismo.” Que el ser humano sólo se cumple en esa creación de sí mismo, y que la ignorancia en este rubro llega a ser cobardía, y hasta pereza. Detestaba lo que llamaba ‘la estupidez humana’, la exageración, el exceso de escrúpulos, así como las falsas modestias, pues tenía la certeza de que en ellos estaba presente, no la falta de capacidad, ni el resultado de un desconocimiento, sino una complicidad cobarde. Y ante esto, tanto en su enseñanza como en su vida, nunca hizo concesiones.

Su modo de formar al alumno fue siempre en el respeto de su inteligencia, respeto que ella misma demostró haciendo a un lado el insulto a la inteligencia propio del maestro que se conforma con llegar a la superficie de las cosas, que simplifica lo que de suyo es complejo, y que con esto no permite el pleno desarrollo de la inteligencia. Contrario a esto, Milagros mantuvo en su aula una exigencia continua sin hacer ninguna concesión a la mediocridad, pues más que nada intentó en todo momento la manifestación de todas las capacidades del alumno. Todo esto, haciendo a un lado la adulación complaciente.

Como amiga, los que tuvimos el privilegio de contar con su amistad sabemos de su lealtad y cariño. Es

difícil hablar de la amistad, definirla, pues a la amistad la vivimos, la sentimos, pero si intentamos explicarla, lo esencial de ésta se nos escapa, siempre será un misterio. La amistad, ese don, como las cosas más profundas de la vida nos son en lo esencial desconocidas, y nos enfrentan a una de las grandes paradojas de la existencia.

Personalmente, mi amistad con Milagros no se puede decir que surgió de una similitud de pensamientos, de sentimientos o de estados anímicos, aunque sí los hubo. Tampoco en el respeto a las diferencias sino más bien en el gusto por las diferencias. Fue en estos modos distintos, y a veces irreductibles, de pensar, sentir e incluso vivir donde se dio esa especie de comprensión, donde se dio la ayuda y el cariño mutuos. A veces tenía un modo de decir las cosas callando, mientras mi modo era explotando; otras la situación se invertía. (Dionisos hablando el idioma de Apolo.) Pero en lo que siempre coincidíamos era en la risa, nos reíamos de las mismas cosas o por lo menos al mismo tiempo. Tenía un fino sentido de humor, muestra de su inteligencia y sensibilidad. En el mismo diálogo académico que mantuve con ella nunca faltó el humor.

De ella se puede decir que no sólo admiró sino que cumplió, con toda la dificultad que esto implica, la idea

NOTAS

kantiana de autonomía, de dictarse a sí misma, de una manera crítica, sus propias leyes, sus propios lineamientos de conducta.

En su persona ejerció la libertad. Y esto que menciono no es simple retórica. Tres semanas antes de su muerte se cuestionó, palabras más, palabras menos: “por qué me tiene que pasar esto a mí, ahora que he llegado a ser libre”. Entendía esta libertad como liberación de lo que pensó en un tiempo no importante y que ahora cuando había llegado a la madurez ya no lo era. Se refería a una libertad ligada al trabajo sobre sí misma, sobre su propio perfeccionamiento al que siempre tendió. Se planteó la pregunta existencial más fundamental: ¿por qué a mí? Interrogante que, al no tener respuesta, es equivocadamente considerada por muchos impropio o mal formulada. Siendo en realidad la pregunta más radical, pues atraviesa al ser humano en su mismidad, en su más profunda singularidad, porque es ‘su pregunta’, su propia pregunta alejada de las homogeneizaciones y universalidades abstractas de tantas preguntas comunes.

Su vida fue, como todas las vidas que se cumplen con plenitud, un verdadero viaje, con encuentros y desencuentros, donde no faltó lo esencial de todo viaje: el descubrimiento. Siempre tratando de encon-

trar la verdad de las cosas, abierta a la experiencia venció el miedo a lo imprevisto, al destino que nos singulariza de la manera más radical: nuestra propia muerte. Encaró la realidad de su situación con valor y hasta con humor, pues ese sentido del humor tan suyo, tan peculiar, la acompañó hasta el final. De ella podemos decir que vivió la vida con valentía hasta el último momento. Y como ella decía en tono alegre y con cierta burla, (parafraseando al filósofo): Soy humana y ningún sentimiento me fue ajeno.

Por todo lo dicho en estas pláticas, pero sobre todo por lo no dicho, pues lo más esencial, lo que encarna el verdadero sentido de la existencia, nunca encuentra palabras: Milagros te vamos a extrañar.